

DON FRANCISCO EN LA VIDA DE FAMILIA
por GLORIA GINER DE LOS RÍOS

México : Corporación de antiguos alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, del Instituto Escuela y de la Residencia de Estudiantes, 1965

Desde los primeros recuerdos de mi infancia y a través de ella, fue siempre tema de preocupación constante, confirmada por la correspondencia familiar, la salud de "tío Paco", la salud de "Paco" o de "don Francisco" entre los amigos más íntimos o los que lo eran menos. Los hermanos le escribían inquietos en cuanto se pasaban unos días sin recibir una de aquellas cartas, tan suyas, escritas en papelitos poco mayores que los de fumar, donde, con su letra tan clara como menuda, metía cuanto quería decir sobre lo divino y lo humano. Todos le pedían, por favor, unas letras en una postal del Estado, también tan típicas suyas, cuando le sabían caído; y, al verlo agotado por el esfuerzo del diario vivir, le rogaban con insistencia que se fuese con ellos a descansar unas semanas, unos días; y lo animaban: que si el clima de Alicante, donde vivíamos nosotros y donde florecen los almendros a fines de enero, le haría mucho bien; que si el de Nerja, donde vivía su primo Alberto, le devolvería a su naturaleza quebrantada las fuerzas con el sol meridional a orillas del mar; que si las rías gallegas y el pato de San Victorio, residencia veraniega de la familia del señor Cossío, serían el mejor sedante; hasta uno de sus hermanos que vivía en Berlín, quería convencerle de que el ritmo de la gran ciudad germana, sería el conveniente para sacarle de sus habituales preocupaciones. Y en todas las cartas de familiares y amigos era la misma cantinela, pocas veces escuchada. Mis padres le escribían: "Respecto al trancazo de aquí, está tranquilo; no tanto lo estamos nosotros respecto a ti: cuando no has vuelto a clase todavía es prueba de que no has salido de la convalecencia; o de que te has vuelto muy cauto o de que te dejas convencer, cosas estas últimas que no son verosímiles". Otras veces le preguntaban: "¿Cómo estás? Seguro que "flojucho y endeblucho -como dices tú cuando no quieres descubrir la realidad-; "agotaducho", creemos nosotros. Acaso ¡si te hubieras venido... !" Cuando se esperaba su visita, los niños le escribíamos dándole prisa y contando las horas para su llegada; y cuando desistía del viaje, sufríamos la mayor de las contrariedades, porque nosotros veíamos distintos el "tío Paco" de la familia y el "don Francisco" de la Institución. Un invierno estuvo, al fin, en Alicante, íbamos con él a las huertas para ver funcionar las norias y regar mediante la dirección del agua por las acequias, "como lo hacían los árabes"; y a los campos, cultivados en forma de bancales "para aprovechar los terrenos más pendientes", nos explicaba.

Otro año estuvo en Barcelona. Nuestra casa se calentaba más que con la chimenea de leña -con cuyo arreglo se distraía el muchos ratos- con el brasero tradicional que por perjudicial para la salud, no admitía en su casa, pero que disfrutaba en la nuestra, sin responsabilidad, con fruición. Arropado con las faldas de la camilla hasta el cuello, se dormía tan profundamente que, un día, al despertar sobresaltado porque tenía que salir, exclamó medio dormido: "A las diez tengo que estar completamente fabricado". En sus dormivelas, decía cosas que inspiraban ternura o hacían gracia, como las que se le ocurrían al charlar alguna vez con el sereno, cayéndose de sueño al volver a casa; y lo compadecía por hacer su trabajo de noche en vez de hacerlo de día.

Durante los que, siendo aún yo muy niña, pasé en su casa sola, me cuidó con desvelo maternal, pero disimulado, porque era preciso "no

hacernos sentimentales". Era la primera vez que me separaba de mis padres y estaba muy triste y, aunque de día podía dominar mi tristeza, de noche lloraba en la cama. Él se daba cuenta y, sin hacer ruido para que yo no lo viese, se acercaba de cuando en cuando a mi puerta para ver si dormía.

Unos años después me compró mis primeras botas de campo, duras y tiesas para mis pies blandos. Me llamó temprano y, después del baño de esponja en el cuarto helado, salimos los dos andando hasta la estación del Norte, donde tomamos el tren de la Sierra. Desde Cercedilla, subimos a pie al puerto de Navacerrada. Yo volví rendida; pero "había que hacerse fuerte". Eran los tiempos heroicos en que él podía dar ejemplo con la resistencia de roble que llegó a adquirir gracias a su vida higiénica y de campo: lo mismo soportaba los más fuertes calores que los más intensos fríos, llegando a bañarse en más de una ocasión en la laguna de Peñalara.

Otra vez subiendo con él al puerto, nos cogió una feroz tormenta de nieve. Luchando con el viento y aguantando los alfilerazos de la ventisca en la cara, llegamos a la casita de la Institución. Él iba calado hasta los huesos, porque no llevaba equipo especial alguno. Encendimos la estufa —aún no había chimenea— y se metió en una cama mientras yo le secaba la ropa: no tuvo más remedio que resignarse.

Un verano estuvo, al fin, en Nerja. Nos reunimos en la casa quince personas de la familia íntima. La mayoría eran ya viejos. Por las tardes sentados en el mirador del huerto sobre el mar, recordaban sus reuniones de niños en la casa del abuelo común que tenía en Vélez Málaga, cerca de donde estábamos, un negocio de pasas. Las cajas de envase les servían a los muchachos como ladrillos para levantar tabiques y hacer compartimientos donde poderse acomodar para dormir tantos como eran. Y nos contaba tío Paco a los jóvenes, los episodios y las escenas que allí tenían lugar. Una de ellas, de tipo patriarcal, era el acto de rezar el Rosario, Rosario peripatético, pues, llevado por los abuelos, únicos que permanecían sentados, los niños, los trabajadores y los sirvientes de la finca, rezaban dando vueltas en torno a la gran nave del taller, perfumada con el delicioso aroma de las pasas frescas. Iban rezando y andando de uno en fondo; cuando se alejaban del abuelo, dejaban de rezar para hacer planes, más o menos diabólicos, para el día siguiente, discutiéndolos con calor; pero al pasar por delante de los viejos, ponían cara de buenos y reanudaban las oraciones y letanías. Contándonos estas anécdotas se reía tío Paco, así como recordando una canción que le hacía mucha gracia en su desentono:

"En la torre más alta
de San Agustín,
hay un pájaro, madre,
que canta en latín.
Monín ven acá,
ven acáaaaa, monín.

Estas charlas tenían lugar cuando no salíamos de paseo. Íbamos por las playas o hacia la sierra y él nos llamaba la atención jovialmente sobre cosas que se nos pasaban por alto.

De estas excursiones hubo una memorable: la que hicimos en pleno agosto a "Cerro Gordo", promontorio que con la "Punta de la Mona", forma la preciosa bahía de "La Herradura", a veintitantos kilómetros de Nerja. Salimos carretera adelante acompañados de un carro de una mula, contratado por los más temerosos de la familia, para que

pudiésemos descansar a ratos; porque el sol abrasaba y el termómetro marcaba 50°. La carretera, en pésimo estado, serpenteaba sin cesar sobre precipicios. El mar, azul cobalto, sin olas, cabrilleaba deslumbrador al pie del acantilado; pero el ejemplo de tío Paco marchando delante, blanco de traje y pelo, y la calva de bronce bruñido al sol, nos vedaba aprovecharnos de la sombra del carro todo lo que hubiéramos deseado. Con un martillo en la mano iba golpeando las rocas acá y allá, para obtener un pedazo que metía en un saco que llevábamos en la tartana. Y era tan incansable que, el diablero, el hombre que guiaba la diabla o tartana, nos miraba atónito y nos hacía la señal de que "el pobre señor" andaba algo destornillado. Cuando bajamos a la playa para bañarnos, la arena quemaba los pies de tal modo que ni siquiera pudimos descalzarnos. Al regreso, se había levantado el terral, viento de fuego que achicharraba las plantas a su paso. ¡Huelga decir el recibimiento que nos hicieron en casa, horrorizados con el día! Tío Paco sonreía entre arrepentido y satisfecho de la hazaña. En cuanto se bañó y se puso de limpio de pies a cabeza, sacó del saco los minerales recogidos y los colocó para su estudio y clasificación con nosotros. Parecía imposible que en poco tiempo hubiese podido rehacerse hasta aquel punto quien había llegado hundido, agotado, deshecho por la emoción de volver por vez primera a aquel sitio donde años antes había muerto, aún joven, su hermano menor. No había quien lo arrancase de Madrid: tuvo que hacerlo, como quien lleva un niño a la fuerza, su sobrino Bernardo. Y luego pasó una de las temporadas más felices de su vida, en el seno de su familia íntima y querida.

No era este el caso corriente con las personas de parentesco más distante, con las que espiritualmente no tenía nada que ver. Y sin embargo, se sentía siempre obligado con ellas, a causa del parentesco precisamente. Estas obligaciones le consumían muchas horas en su rellena vida: "Hoy es el santo de Fulanito o Fulanita, o el cumpleaños o el aniversario de algo; o se ha muerto Mengano y tengo que ir a dar el pésame a la familia." Y siempre había de llevar unas flores o unos bombones o un juguete, según el caso. Dejaba su mesa cubierta de los papeles en que estaba escribiendo sobre lo que más pudiese interesarle, y salía con su paso menudo, ligero, oscilante, calle arriba a coger el tranvía, único medio de locomoción que usaba cuando no iba a pie. Y la persona visitada, una tía viejísima, una cuñada, un sobrino enfermo, era con frecuencia alguien con quien no cabía ninguna conversación interesante, pero que se quedaba reconocido y feliz con la "visita" y con "la atención de Paco".

Recuerdo el caso de un pariente lejano, un típico señorito de pueblo andaluz, cuyos alcances e inconsciencia prueban las afirmaciones rotundas que formulaba, impasible, delante de don Francisco, el señor Cossío y el señor Rubio, tribunal que hubiese podido encoger al más atrevido: "Todo lo que se sabe de la Edad Media -afirmaba- cabe en un papel de fumar"; y cuando iba a presentarse a unas oposiciones aseguraba: "Si me toca el binomio de Newton -pronunciado, claro, como se escribe- me falta encerado". Era ya tal el caso, que a los interlocutores les hacía muchísima gracia oírle disparatar en su cerrado acento andaluz; y, con su singular gracejo, don Francisco le tiraba de la lengua sin el menor resquemor pedagógico; pues ya sabemos que él decía: "No hay que reñir sino a las personas que estimamos y que creemos capaces de corregirse". No pocos de nosotros sentimos a veces el dolor de no haber sido regañados cuando lo merecimos; lo que acaso fuese una táctica del educador, en ocasiones.

Para que aprendiésemos a hacer las cosas bien, aprovechaba todas las ocasiones. Era una la del desayuno para el que nos invitaba a

sentarnos a su amplia y pulcra mesa, en donde todo se hacía como era debido y conforme a su tipo de vida: una mezcla, en todo, de modestia, sencillez y refinamiento. Su juicio sobre nuestras maneras como sobre nuestros modos de obrar, nos importaban mucho, por eso procurábamos hacer las cosas como a él le gustaba. Sin embargo, a veces triunfaba sobre este deseo de agradarle el impulso de aquella personalidad que él trataba de formar en nosotros y cuyo triunfo siempre le parecía bien, aunque a veces no le gustase lo que triunfaba.

En la tanda nuestra de sobrinos había suavizado ya algo el ímpetu de la aplicación de sus principios pedagógicos, comparación con la anterior en la que los aplicó a raja tabla; ya con la tanda siguiente, la de los que le llamaban "abuelo", -los hijos del señor Cossío y del señor Rubio, fue más abuelo que "tío".

Reflexionando sobre esta manera tajante de aplicar sus principios pedagógicos he comprendido después muy bien que no tenía más remedio que ser así si había de desarraigar tantos prejuicios y vicios pedagógicos y sociales. Efectivamente lo consiguió en el círculo en que actuaba; fuera de él se iban infiltrando muy lentamente. Pasado medio siglo de la muerte de D. Francisco, si levantase la cabeza, sentiría hondas amarguras y pesadumbres, sí; pero vería también cómo al fin triunfaron muchas de sus ideas, con el tiempo y a pesar de los tiempos. El sabía muy bien y nosotros también lo sabemos, que la educación no es obra de un día para ser durable: que "es ley que sólo prevalezcan y arraiguen en las entrañas de la humanidad aquellos principios por cuyo triunfo ha menester rendir en holocausto lo más puro y más noble de su vida; mientras que, como dice Saavedra Fajardo, el vaso de vidrio, formado de un soplo, otro soplo lo rompe".

En las cuestiones religiosas, cuando la conversación recaía sobre el asunto, trataba de no influir en ningún sentido; y si se le consultaba, decía que cada cual debía practicar seriamente aquello que honradamente creyese. Comprendía todas las posiciones, todas las dudas, todos los escrúpulos. Por eso en mi crisis de conciencia comprendió todos los míos. Al terminar la ceremonia de mi boda, después de habernos despedido de la familia, única concurrencia que había asistido, ya casi en la calle, oímos unos pasos presurosos que nos alcanzaron y, al volver la cara, nos encontramos con la suya, turbada por la emoción. Y, con los ojos llenos de lágrimas nos dijo: "¡Dios os bendiga, hijos míos!"

En septiembre del año 14 lo encontré muy decaído física y moralmente, cuando fuimos a verle a San Rafael. El estallido de la primera guerra mundial le causó un efecto terrible, un hundimiento de desilusión y de desesperanza. Lo recuerdo bajando hacia nosotros con paso vacilante, apoyado en su cayado y envuelto en un amplio abrigo color tabaco, por el pinar alfombrado de las agujas secas de los pinos, con su tez bronceada y curtida que contrastaba con la blancura de sus cabellos y de su barba, más crecidos entonces de lo habitual: era un anacoreta en aquel paisaje severo, de tonos sepia, ya otoñal en la Sierra.

La última vez que lo vi fue un mes antes de su muerte, sentado en su cuarto de la Institución en una butaca, frente a los balcones abiertos, con una manta sobre las piernas. Había llevado conmigo a mi hija de año y medio, que charlaba sin decir nada y correteaba en torno al "abuelo", dándole de vez en cuando, al pasar, un beso en la mano. Me la quise llevar por temor a que le marease. Pero él me pidió: "Déjala, me gusta verla: parece una pajarilla"... Por los balcones

entraba un hermoso sol de enero fundido con las voces de los niños que jugaban en el jardín, sin darse cuenta de lo que se les estaba yendo!